Parejo al Tiempo

Eladio Bernadé F. R. Castedo



Avant
editorial

Primera edición, febrero de 2023
©Eladio Bernadé F. R. Castedo,2023

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com)

Fotografía Portada: Bernabé Castedo Diseño y Edición:
Avant editorial
Avenida de Londres, 6, Portal 1, Atico A,
28500 Arganda (Madrid)
www.avanteditorial.com
info@avanteditorial.com

ISBN: 978-84-19584-52-6
IBIC: DCF
DEPÓSITO LEGAL: M-17479-2023

Para empezar hablando de letras referidas al tiempo, cabe exponer a este hombre todoterreno. Dramaturgo, poeta, dibujante, y un amplio abanico cultural en su currículo (gallegos.galiciadigital.com), que viene aquí como anillo al dedo con estas rimas suyas publicadas en Xistral nº 11 /2008).

SUEÑO DE PIEDRA

José Blázquez

Un día tras otro, siempre abría la puerta
con la esperanza de que fuese él
que estuviese detrás, y este nunca estaba.
Sonaba una y otra vez la llamada del timbre
pero yo no perdía el ánimo.
Escondida en aquel rincón del cuarto.
Noche y día abriendo y cerrando la ventana,
viendo cómo iban pasando los otoños
como después de despedirse
no tardaban en volver a asomar.
Ahora las palomas anidaban en el balcón de enfrente.
Los pequeños fulminaban el asfalto con sus monopatines.

El martillo eléctrico levantaba los viejos adoquinados
para instalar canalizaciones de gas ciudad.
Yo lloraba ansiosa con la esperanza
de que algún día fuese él quien llamara a la puerta.
Después las palomas ya no estaban,
los balcones no existían,
quizás los niños habían cambiado
los monopatines por vehículos a motor,
quizás algún adoquín había quedado
cubierto con una gruesa capa de alquitrán.
Yo seguía esperando, pero él nunca llegó.
Él nunca existió, ni las palomas ni los niños,
no hubo nunca adoquinado en la calle,
ni calles hubo, porque no había ciudad.
ni amados ni amadores,
porque éramos piedras del río
y las corrientes nos hacía cosquillas
y las algas de vez en cuando nos cubrían,
calentándonos para soportar
las frías corrientes del invierno.
Las primaveras siempre volvían
recordándonos que pronto volvería el otoño.

PAREJO AL TIEMPO

Parejo al tiempo viajan tantos proyectos,
las hojas, las piedras, fincas y sus acequias,
donde surgen algunos que otros elementos
por el hecho de configurar nuestras vidas.
Entre ellos también rueda la palabra,
los pesares creados por el sufrimiento,
la paz ahogada a falta de entendimiento,
escapando huidiza por este tiempo.
Pero siempre esperamos con ilusión,
esa otra llegada o partida de algo
hacia algún punto en concreto,
que nos traiga esa buena solución.
Pero como si cuál piedra estática,
el tiempo siempre es testimonio
soportando la realidad éxito o de sufrimiento.

PRÓLOGO

Aparte de declarar en la presentación de mis libros, no ser un escritor al huso, sino un sencillo carpintero de letras, intentando despertar sentimientos.

Se debería tener en cuenta, que los libros es mejor leerlos que esconderlos, si pretendemos que estos nos digan algo.

No obstante, mucha gente que vive de las letras, como si cuál funcionario; aparte de ser el modo de ganarse la vida, en el fondo las detestan, imponiéndose la obsesión desmedida por hacer caja, pretendiendo vendernos hipocresía. Ya que…

Sembrada nuestra España
de pendencieros y ociosos,
usureros de guante blanco
sin miedo a los prejuicios.
Calladitos y sin escrúpulos
se lo llevan tan calentito
a montones bien colmados
sin importar los principios.
Aun alegando ignorancias
a pesar de sus carreras,
se esconden tan ricamente
por el jardín de los pillos.

Pero ahora, a todos los atrevidos que tienen la valentía de sumergirse en estos contenidos, dejarles mi agradecimiento por tal sacrificio.

Vamos para dentro.

Desde siempre había tenido muy claro lo que haría con su vida, recorrería los caminos buscando la formación deseada de un porvenir por descubrir. Pero como era consciente de que nada era de regalo, si es menester, pelearía mostrando una sonrisa para hacerse un hueco en el mercado laboral.

Con la controversia que un contrato indefinido, ya era historia, algo jurásico en fase de extinción total.

Lo sabían sabuesos de las finanzas públicas, la comida de hoy bien podría ser hambre de un mañana cercano, que ni ellos mismos se percataban.

Aun así, todo se llegaría, hasta que no hubiese para costearles a los del heraldo público, por escasear esos avezados cobradores de impuestos, que tenían que pagar por recaudar para el Estado. ¡Qué descaro!

Cuando había salido de la escuela, a eso de los quince años, debido a las prisas por ganar dinero, aunque estas jamás fueron buenas para nadie; él quería tener el coraje suficiente de financiarse.

Por ello, su arma defensiva, era rebelarse contra los del entorno como si fueran sus enemigos, sintiéndose desde su propio punto de vista, un incomprendido.

Aunque tampoco va tan descaminado, ya que tiene muy claro que al destino había que salir a su encuentro para poder moldearlo a su medida.

La partida

Einstein expuso cierto día, el tiempo es relativo, ya que todo depende cómo y en qué lo emplees. Que cada cual lo vemos desde un prisma diferente, sin saber con acierto hacia dónde nos dirigimos, puesto que el futuro tan solo es un enigma.

De ahí que en este lugar por el cual viajamos, podríamos necesitar ciertas dosis de locura, con mucha, pero que muchísima ilusión para seguir parejo al tiempo, creando historia. Por lo que puso cierto día un tal Machado:

«Caminante no hay camino,
se hace camino al andar».
De ahí que:
Se le ruegue al supremo
o al destino tal vez,
cabeza, corazón y pies
buscando la sensatez.
Que se haga extensible
a ese entorno familiar
con eso tendrás de sobra
que no cabe pedir más.
Solo somos cuando estamos,
después de irnos, ¿qué queda?
Solo esos buenos recuerdos
expresados a quién sea.
Aunque el estar se escriba,
con acciones de esta rima,
después hablarán de mí,
de esa persona que fui.
Dejar huella en el presente
no es tarea tan sencilla,
has de forjarlo a conciencia
sin tener demasiada prisa.

CAPÍTULO 1º
EL ESCAPAR DE CASA

Hasta llegar a los dieciocho lo fue llevando, pero ya estaba harto, lo sopesó muy bien y sin aguantar más; antes de abandonar a los suyos sin previo aviso; que si lo exponía en la casa, intuía que no llegaría jamás a concluir su proyecto.

Como les conocía bien, que lo había intentado en otras ocasiones y le fallaran las fuerzas, no podía posponerlo más; de ahí que les deja aquella nota justificando su marcha.

«No os preocupéis por mí, yo me encuentro bien, arreglad por casa como podáis, pero en un tiempo no contéis conmigo para nada».

Cuando llevaba varios días lejos, con cierta distancia de por medio, donde las gentes de buena voluntad lo quisieron llevar; suponiendo la preocupación de los suyos, este hace una llamada a casa, más que nada para tranquilizar, y con la misma dejarles bien sentada su decisión.

A lo que la matriarcal exponiéndole su desacuerdo le dice.

—Pero, Edelmiro, ¿cómo puedes hacernos esto? ¡Con lo que hicimos por ti! ¡Ahora nos pagas de este modo! ¿Qué es lo que te faltaba?

Él no tuvo que pensar demasiado la respuesta para aquella que le había dado de mamar, que se lo expuso directo.

—¡Más bien lo que me sobró!—Le replica él—, es que yo quiero hacerme un hombre, y a tu lado jamás lo conseguiría. Contigo no dejaría de ser un consentido.

Y como ella insistía en querer dominar la situación en todo momento, le replica, insistente.

—¡Pero, chico!, nosotros siempre quisimos lo mejor para ti—le dice suplicándole su vuelta—¿A saber cómo te encuentras? Por lo menos dinos dónde estás.

Edelmiro, muy seguro de sí le rebate.

—Eso quisieras tú, pero no te lo voy a decir. Te faltaría tiempo para venir a buscarme y seguir diciéndome en todo momento lo que debo hacer. Por lo que ya os llamaré de vez en cuando a que sepáis de mí. No hagáis por encontrarme—le aconseja él—empeorarías las cosas.

Que siendo ella tan posesiva, cuál cualquier madre ansiosa por tenerlo cerca, lo intenta de nuevo.

—¡Pero, niño! ¿Cómo eres así?

Rebatiéndole aquella expresión final, él le expone.

—¡No me llames así!, que ya dejé de serlo hace tiempo. Esto es todo lo que hay, y cuando lo considere oportuno, volveré por casa—le impone el muchacho.

Pero como su madre no quedaba convencida, le pregunta otra vez.

—Y eso... ¿Hasta cuándo será? Pues veo que tienes muchos humos en la cabeza. ¡Pero bien! ¡Haz lo que te dé la gana!, de todas las maneras, ya lo has hecho.

Al escuchar aquellas palabras por parte de quien lo había parido, se queda más tranquilo, pues era como si le otorgase esa cierta libertad que necesita en aquel momento. Y se lo deja caer satisfecho sin tapujos.

—¡Me alegro de que lo comprendas!

Y con la misma le cuelga dando por terminada aquella conversación telefónica sin más demora.

Él necesitaba su espacio para crearse a sí mismo, su propio dominio desde el cual partir y decidir su futuro como persona. De ahí el derecho legítimo de buscar por los escaparates de la vida, el administrar su tiempo sin coacciones impositivas.

Edelmiro admitía que debido a la falta de experiencia, no le iba a ser tarea fácil el encontrar una dedicación que le permitiera ganarse el sustento. Pero con tenacidad y empeño, tenía la convicción de que lo conseguiría.

A pesar de ser mediados de febrero, unas fechas poco propias para emprender aventuras, la decisión es irrevocable.

El viento pasaba espeso y cálido a la vez, arrastrando un cierto olor cercano a vaca lechera en purinas de reserva, habida cuenta que en los anales de la historia, respecto a las excesivas temperaturas, no sé confirmaba algo semejante en los últimos años.

Pasados los días, en contra de lo advertido por Edelmiro, sus padres intentaron dar con él, es decir, remover Roma con Santiago, para encontrarlo; pero ni con esas pudieron conseguir dar con su retoño.

El muchacho, no acostumbrado a nada, se le hizo de cuesta arriba, la arriesgada aventura de encontrar trabajo, pues no le apetecía cualquier labor.

Pero a medida que pasaban los días y el hambre no le pedía permiso para manifestarse, no tuvo más remedio que agarrarse a

lo primero que le sale; trabajar en aquella granja de vacas, que a pesar de no tenerlas en su casa, sí las veía en el entorno.

Con el paso de los días, arrastraba mierda a diario oliendo a silos pegajosos que se pegaba a las ropas, que no era fácil el desprenderse de ello. Pero era un trabajo tan digno como otro, que alguien debería realizar, por lo que el acostumbrarse sería lo más favorable mientras no pudiera mejorar con otra dedicación.

Así que en uno de aquellos días libres, que por derecho tenía, al pasar por la tasca para camioneros y simpatizantes, al pie de la carretera general, donde solían ir de vinos, le deja caer al dueño que quería cambiar de aires en lo de ganarse el sustento.

A lo que el jefe le convoca para empezar cuándo lo desee. Que sin casi darse cuenta, ya estaba pelando patatas en aquel restaurante de carretera.

Allí no era que ganara más, pero al menos se apartaba de los olores tan poco agradables, teniendo comida y cama asegurada.

En aquel pequeño habitáculo con una desnuda ventana por donde acechar la luz exterior, las noches se le hacían cortas y algo difíciles para configurar el sueño. Pero ¡qué más daba!, si se levantaba temprano y se acostaba a las tantas; después de cerrar, había que fregar suelos y aseos, ya que el jefe imponía que tenía que quedar todo impoluto para el día siguiente; y total por una miseria de sueldo. Allí no le servía ir de humos subidos, sino acomodarse a las normas, nada que ver con el calor de los suyos.

Una de aquellas noches indigestas, por comer de sobra y a prisa, Edelmiro en su pesadilla, peleaba con montones de patatas y cebollas. Que en acto de rebeldía, ellas se le manifestaban esquivas, al tiempo que intentaban apretarle el cuello hasta casi ahogarlo; que invadido por un sudor frío que le impedía seguir durmiendo. Se despierta sobresaltado haciéndosele harto difícil

conciliar el sueño, y allí estaban los mosquitos para poner lo que faltaba, a lo que pensaba…

En esas noches de insomnio
del verano en concreto
estos bichos contraatacan
sin dolerse de las gentes.
Llegan ellos con bravura
como caballeros andantes,
con su lanza de gigantes
para robarte los sueños.
De obstinados personajes
hambrientos desde siempre,
sin importar dónde pican
incordiando al presente.
Mientras busca y rebusca
es dejar para rascarse,
aunque lo desees muertos
te tendrás que aguantar.
Como mierda hay de sobra
ahí donde engordan ellos,
mejor cambiarte de jaula
y buscar otras paredes.
Son detalles del mosquito,
aterrizando a la peña,
que te fastidia la noche
para que después te pique.

Y otro día más, en torno a los vegetales y tubérculos, a recoger platos y restos de comida, limpiar suelos y retretes, aguantando las broncas del jefe, quien le imponía.

—¡A ver! ¡Que es para hoy!—le replicaba de malas maneras. Pues ahora no era tan amable como cuando le tenía de cliente—. Que te pago para trabajar y no por descansar, que estos que venís del arado vais sobrados de vicio. ¡Hay que despertar!—le hostigaba—. Que pasas las horas desmotivado, que te espera mucha tarea. Cuando acabes con esas cebollas, te vas al almacén y traes el vino. Después repasas el comedor y sigues con las ventanas, para acabar con los servicios, que les hace buena falta.

Edelmiro ya harto, no lo piensa y le replica.

—¿Y qué más?, no vaya a ser que me sobre tiempo, de tal manera le puedo limpiar el culo si es menester, ¡ya puestos!, estoy a lo que haga falta.

Pero el que ordena en aquel antro de mierda, le advierte.

—¡Cachondeo a mí no he! Tú estás aquí a lo que te mande. ¡Entendido!, el monte es muy ancho y en él cabe mucha gente.

Ya no sabía si lo de llorar era por las cebollas, por su propio desengaño, o el arrepentirse de escapar de su casa. ¡Pero al hecho pecho!, ahora ya no podía echarse atrás, sino tirar hacia adelante y dejar de ser un consentido de mierda como había sido hasta ahora.

Así que cuando pasaron unos días más, harto ya de tantas cebollas, patatas, zanahorias, y otros añadidos, trabajando como una bestia de ayudante para todo, entre cazuelas grasientas. Considerando que ya había aprendido de sobra en lo referente a la recogida de basuras, comienza a estudiar la forma de marcharse. Que a pesar de ser un trabajo como otro cualquiera, él ya no se veía entre pucheros.

De modo que cuando llega el fin de mes, y con su paga en el bolsillo. Coge sus escasas pertenencias y abandona aquella covacha sin decir nada.

Ya era hora de cambiar de aires y de echarle un ojo a otros escaparates donde le ofrecieran otra clase de trabajo con mejores posibilidades.

Así que, de nuevo a caballo de aquel autobús en dirección a saber Dios, comienza otra vez la aventura de procurarse otro curro donde lo quisieran coger.

Entretanto, da vueltas en su cabeza a los recuerdos de otros tiempos pasados de colegio, de juegos de adolescencia, de comentarios entre sus amigos, con sus proyectos de futuro; de lo que sus colegas querían ser más allá de aquel presente.

Casi todos pensaban lo mismo, la mayoría; futbolistas, mecánicos; albañiles los que menos. Pero a decir verdad, ellos, sin excepción, en el futuro tan solo serían lo que pudieran ser, equiparado a su formación.

Aunque había algunos ya, muy lejos de su tierra, que aun teniendo preparación, ejercerían de algo básico, nada que ver con sus estudios.

A Edelmiro le gustaba bastante la lectura, e incluso la escritura; pues encontraba en las letras esa cuerda donde agarrarse y poder tirar para enriquecer su léxico, con lo que se sentía a gusto consumiendo todo aquello que se le ponía por delante.

Con temas diversos entre los que se hallaba la parapsicología o la ufología.

Eso le daba pie para sacar sus propias conclusiones de adolescente, lo que iba dándole paso a otro tiempo donde poder hacer camino en la vida, conjugado con el presente, el cual había que admitirlo como venía.

El muchacho era muy consciente de que en aquellos momentos tenía que acostumbrarse solo, puesto que es su proyecto, sin esa ayuda matriarcal.